EL ALMA BECQUERIANA[1] (A TRAVES DE LAS *RIMAS*)

CONCHA ZARDOYA

José Pedro Díaz, en su excelente libro sobre la vida y la poesía de Bécquer,[2] se ha referido muy brevemente al alma becqueriana y sólo en relación con el movimiento de la imaginación,[3] señalando su dinámica ascendente en cuanto al amor y en cuanto a la poesía, y su paralización —"detención"[4]— por el dolor. Más adelante nos habla del "trasmundo espiritual"[5] becqueriano, pero nunca llega a precisarnos qué sea el alma de Bécquer, configurada por las *Rimas,* trascendida desde ellas. Tal es nuestro propósito: aunque jamás lleguemos a definirla por completo, procuraremos asediarla para captar ciertos peculiares matices y, sobre todo, su "espacialidad," su ámbito intimista.

El más ingenuo lector de las *Rimas* sabe que 'el alma' es palabra-clave dentro de ellas, en su metaforismo y en su semántica poética, aunque no haya podido clarificar ni el cómo ni el por qué. Esa es la tarea que nos proponemos hoy, sin que aspiremos a una explicación léxica del término ni a hacer un estudio psicológico de sus variados usos. Tampoco nos sentimos con fuerzas —ni con tiempo— para realizar un estudio semántico

[1] Este estudio representa la primera parte del que se titula "Los espacios interiores", el cual, unido al análisis de "Los espacios exteriores," integrará el que ha de llamarse "Los espacios becquerianos," hoy en proceso de elaboración.

[2] José Pedro Díaz, *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía.* Madrid, Editorial Gredos, 1964.

[3] *Ibid.*, págs. 408-10.

[4] *Ibid.*, pág. 410.

[5] *Ibid.*, pág. 419.

de cada variante. Sólo aspiramos a adentrarnos de alguna manera en el espacio anímico de las *Rimas*, en el sentido de lo que 'el alma' significa dentro de ellas, y cómo se manifiesta o aparece en sus versos.

Joaquín González Muela —al ocuparse de la semántica poética del 'alma' en la poesía de Jorge Guillén —se acuerda del alma becqueriana: "Bécquer —nos dice— creía que su alma, al separarse durante el sueño, habitaba unas regiones —"huésped de la niebla"— de las que luego, despierto, se presentaban señales inexplicables si no era por la creencia de una vida independiente del alma, como si fuera un gato nocturno." [6] La contrastaba con la del poeta castellano, siempre en vela, y, al final, glosando al célebre verso guilleniano "Cuerpo es alma," concluía: "Aunque el alma es un almacén, este almacén no existe en ninguna parte concreta: puede estar en la cabeza, en los ojos, en los pies, en las manos, en el corazón o en los huesos. Está en el cuerpo o, por mejor decir, es el cuerpo." [7] González Muela, con estas palabras y a través de Guillén, confiere al alma una cierta espacialidad corpórea.

Y como 'espacialidad' íntima, como 'espacio' interior, procuraremos estudiar el alma de Bécquer en sus *Rimas:* como interioridad, como dintorno, como 'espacio' existente, jamás abstracto.

Si consultamos los diccionarios de filosofía, éstos nos dirán que el alma es la substancia inmaterial —substancia simple— que permanece a través de los cambios de los procesos vitales, que produce y sostiene las actividades de la vida psíquica y que vivifica el organismo.

Para nosotros esto quiere decir que si el alma es substancia —ser, esencia, "lo que está debajo"—, ocupa un espacio; pero, como es inmaterial, este espacio también lo es.

[6] Joaquín González Muela, *La realidad y Jorge Guillén*. Madrid, Insula, 1962, pág. 33.
[7] *Ibid.*, pág. 54.

Todo el mundo sabe que el espacio es tridimensional: 1) que hay un espacio *matemático* —cuya extensión es abstracta, geométrica; 2) que hay un espacio *físico* —que es la extensión real de las cosas; y 3) que hay un espacio *curvo,* que es la extensión de la luz en el campo gravitatorio del universo.

Nosotros, por nuestra parte, vemos, imaginamos, una cuarta dimensión del espacio: la poética. Y este espacio *anímico* es aprehensible, mensurable, visible, audible —en términos poéticos, claro—, sólo por los movimientos, reacciones y comportamientos del alma.

La percepción del espacio tridimensional nos la procuran, principalmente, la vista, el tacto, los sentidos estático y cinestésico y el intelecto. La percepción del espacio *anímico* sólo es perceptible poéticamente.

Es inútil recoger aquí —recorriendo toda la historia de la filosofía— el índice completo, o más o menos completo, de lo que han significado para los filósofos el alma y el espacio. Pero sí debemos destacar unas cuantas opiniones básicas que, aunque no sean necesariamente punto de partida, nos sirvan de contraluz para ver mejor y no perdernos dentro de la intimidad becqueriana.

Para Aristóteles, el alma —la *psyche* (φυκή)— era el principio vital, la causa formal, la esencia o entelequia de un cuerpo orgánico natural. El espacio era, para él, lo que contiene todos los objetos.

Para Platón, el alma era principio del movimiento y de la vida: procedía de un mundo ultraterreno. Para los platónicos, el espacio era el *sensorium* de Dios.

Descartes, en su dualismo, no cree en la unidad de cuerpo y alma. Para Kant, el espacio es una forma *a priori* de la intuición de los fenómenos externos.

Hay, pues, un espacio empírico. Y hay un espacio homogéneo: forma de sensibilidad; intuición peculiar que permite al hombre exteriorizar sus conceptos relacionados entre sí, que le revela la objetividad de las cosas y que le prepara el camino para su vida de relación social.

El alma, considerada espacialmente, se acercaría al espacio homogéneo y, al mismo tiempo, representaría un *omniverso* no sólo cuatridimensional, sino también absolutamente original, inédito, en su subjetividad, en su intimismo.

El alma de Bécquer —a pesar de su hondura lírica, de su autenticidad tan personal— no es en ningún modo solipsista, sino que se abre al mundo, al amor y al dolor. Para el poeta, la totalidad de la realidad, del universo y de las personas —representadas por sus amadas mayormente— no son representaciones de su ser, sino que tienen existencia independiente, pero que le afectan de manera profunda y que presionan sobre su sensible intimidad, alterando a veces el temple de su alma, su espacialidad anímica, su total realidad interior, la esencia misma de su *psyche*. El alma del mundo se busca desde la propia, en emulación de grandeza.

Empezamos a releer las *Rimas* y, al instante, nos damos cuenta de que la palabra 'alma' se destaca señera en la rima I:

> Yo sé un himno gigante y extraño
> que anuncia en la noche del *alma* una aurora
> (pág. 11).[8]

1) *Espacio de la música.* El alma, aquí, es una realidad espacial en la que transcurre el tiempo interior despertado por la realidad melódica de la música. El alma no sólo capta cromáticamente el claroscuro de la pena y de la alegría —"noche" y "aurora"—, sino que aprehende la realidad acústica —temporal— de la música hecha "himno" en la rima. Tal realidad espacio-temporal es prueba de la finísima receptividad emotiva del poeta: música y color entran en el ámbito del alma y se identifican con su esencia.

[8] De hecho, es el primer espacio interior en que penetra la nuestra.

Para nuestro estudio utilizamos la edición de "Clásicos Castellanos" preparada por José Pedro Díaz: Bécquer, *Rimas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1968.

En la rima III vuelve el alma a ser recinto, espacio interior de la música:

> Murmullo que en el alma
> se eleva y va creciendo...
> (pág. 14).

La temporalidad de la música no fluye externamente de la sensación acústica, sino que, interiorizada en el espacio anímico, sólo en él se eleva y crece y, así, parece brotar del alma, su verdadero reino. El espacio anímico becqueriano carece, aquí, de peso estático y por eso fluye, elevándose, dinámica y musicalmente.

En la rima XXVIII, el tiempo se inserta en el espacio interior y el alma deviene ámbito de una música lejana y dulce:

> Cuando entre la sombra oscura
> perdida una voz murmura
> turbando su triste calma,
> si en el fondo de mi alma
> la oigo dulce resonar;
>
> Dime: ¿Es que el viento en sus giros
> se queja, o que tus suspiros
> me hablan de amor al pasar?
> (pág. 55).

Es la música amorosa que espera oír siempre el alma enamorada, aunque el viento la disfrace en el espacio interior, en el cosmos de la intimidad.

2) *Espacio del amor y de la poesía.* En el alma becqueriana no hay claros deslindes entre el amor y la poesía, pues ambos coexisten simbióticamente. Muchas rimas, más que entrelazarlos, los tejen en una misma urdimbre anímica, unificados en el espacio y en el tiempo de una misma intimidad.

En la rima IV, animado por el amor, el espacio anímico becqueriano, proyectándose activa y dinámicamente hacia fuera, trasciende fervor amoroso, esencia misma del milagro poético:

> Mientras se sienta que se ríe el alma,
> sin que los labios rían;
> ... ...
> habrá poesía!
> (pág. 19).

El alma, transfigurada por el amor, vuélvese presencia visible, corpórea, y su alegría trasciende al poema, en el cual quedan, unificadas por el beso, las almas de los dos amantes:

> mientras sentirse puedan en un beso
> dos almas confundidas...
>
> ... ...
>
> habrá poesía!
>
> (pág. 19).

En la rima XXVII, la amada es alma del alma enamorada, su más íntima esencia, centro mismo de su espacio interior, de su verdadera realidad: centro de su centro. En consecuencia, la poesía emana de la amada, centro del ser y del existir:

> Dormida, en el murmullo de tu aliento
> acompasado y tenue,
> escucho yo un poema que mi alma
> enamorada entiende.
>
> (pág. 53).

La amada crea poesía, es poesía, y dicta a su amante sus rimas de amor.

Pero en la estrofa última de la LXXXV, dedicada a Elisa Guillén, el poeta declara que su alma —con todo lo que ha amado, soñado y sufrido— es la materia viva de su poesía y todo su espacio interior y psíquico:

> Para poder poner ante tus plantas
> la ofrenda de mi vida y de mi amor,
> con alma, sueños rotos, risas, lágrimas,
> hice mis versos yo.
>
> (pág. 133).

En otras rimas, sin embargo, el amor es materia única. En la XX, el alma trasciende al exterior su sentimiento amoroso, a través de la mirada y, dinámicamente, se vierte en el beso y arde:

> Sabe si alguna vez tus labios rojos
> quema invisible atmósfera abrasada
> que el alma que hablar puede con los ojos,
> también puede besar con la mirada.
>
> (pág. 43).

En la rima XXIV, las almas de los amantes unifican, al transcender al universo, el espacio y el tiempo, los objetos temporales y espaciales: dos llamas de fuego "forman una sola llama," dos notas se confunden en una sola al sonar en el laúd al mismo tiempo, dos olas mueren juntas en la playa, dos jirones de vapor se unen en el cielo en una nube blanca,

> Dos ideas que al par brotan,
> dos besos que a un tiempo estallan,
> dos ecos que se confunden,
> eso son nuestras dos almas.
>
> (pág. 48).

Lo dual se hace uno cuando el amor trasciende, pues éste niega toda separación, toda dualidad. El alma se hace visible y audible en el espacio y en el tiempo exteriores cuando el amor la unifica con otra. Todo esto ocurre así porque el alma enamorada del poeta lo quiere o lo sueña desde dentro, desde su mundo interior, desde el reino de su intimidad: las imágenes del mundo traslucen, entonces, realidades íntimas, la suprema realidad del amor.[9] Lo de fuera es traducción o fiel reflejo de lo de dentro. Y, así, el alma arde, suena, rompe como ola, se hace vapor y asciende: es idea, beso y eco, confundida con otra alma enamorada que, a su vez, coexiste unificadamente en el arder, el sonar, el ascender, etc. El espacio interior se amplía, se intensifica, se redobla: crea más espacio, otro espacio que es una continuación de él mismo.

En la rima XXV, el alma de la amada se confunde con

[9] Obvio es el parentesco con la poesía mística —en la que tanto influyen Platón, Plotino y San Agustín— y, especialmente, con la Canción V de *El Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz:

> Mil gracias derramando
> Pasó por estos sotos con pressura,
> Y yéndolos mirando,
> Con solo su figura
> Vestidos los dexó de su hermosura.

(Madrid, Espasa-Calpe, 1952, pág. 53.)

la del poeta, en la maravillosa simbiosis psíquica del amor. Y por poseer el alma —el espacio interior, dimensión verdadera de la que ama—, el poeta, en suprema generosidad, daría cuanto posee y es y hasta el espacio exterior en que vive: "la luz, el aire, / y el pensamiento" (pág. 49). Daría todo lo de aquí y, además, todo lo que está más allá, suprasensible:

por leer sobre tu frente
el callado pensamiento

... ...

diera, alma mía,
cuanto deseo,
la fama, el oro,
la gloria, el genio!
(págs. 49-50).

El alma del poeta renuncia a todo porque sólo aspira a vivir en el espacio interior de la amada, micro y macrocosmos psíquico:

y finalmente,
diera, alma mía,
por cuanto espero,
la fe, el espíritu,
la tierra, el cielo!
(pág. 50).

En la rima XXVIII, el alma del poeta ve a la que ama en el cosmos y dentro del tiempo exterior. El espacio íntimo, volitivo, dinámico, proyecta su anhelo amoroso a la inmensidad del tiempo y del universo y, en ellos, "ve" o "cree ver" a la amada. Y la desea no con su cuerpo, sino con su alma, porque es lo más noble de su ser, centro de su existir. El deseo se espiritualiza pero no por ello es menos ardiente y menos real:

Y en el luminoso día,
y en la alta noche sombría,
si en todo cuanto rodea
al alma que te desea
te creo sentir y ver...
(pág. 56).

El alma ha dilatado su centro y el de la que ama, proyectándolos, transfiriéndolos al espacio cósmico, con sus días y sus noches.

En otro momento, en la rima LXXXVIII, el anhelo del enamorado —más del espíritu que de la carne— penetra el alma de la amada, como si ella fuera su refugio, el recinto y el huerto del amor:

> Soy yo, que los aires cruzando ligero
> por un ignorado movible sendero,
> ansioso de calma,
> sediento de amores, penetro en tu alma
> (pág. 139).

El alma ha rebasado sus muros —los límites corpóreos— y penetra en el cercado anímico de la amada, buscando reposo. Los espacios interiores se confunden y el alma enamorada calma su sed, vivifica su centro.

3) *Espacio del desamor.* Cuando éste adviene —y no precisamente por falta de amor en el poeta—, el espacio anímico se hiela, se envenena, se desgarra, se insensibiliza.

En la rima LXXXVIII, titulada "El amor," éste, personificado, se autodefine: es rayo, es "dulce brisa" y, sobre todo, es "poder que abrasa un alma helada" (página 137). Bécquer afirma aquí que, sin amor, el espacio íntimo del hombre es un desierto de hielo, un país desolado e invivible.

En la rima LXXXIX, el poeta hace una síntesis de la doble historia amorosa de su vida y cuyo fin ha sido tener conciencia de su amarga ponzoña:

> Una mujer me ha envenenado el alma,
> otra mujer me ha envenenado el cuerpo...
> (pág. 127).

Bécquer no recrimina a ninguna, pues ha aceptado su destino doloroso, pero sí constata que el espacio de su alma es reino emponzoñado, incapaz de libertarse y de

ascender, incapaz —quizá— de volver a amar, a ser en plenitud. El veneno ha llegado hasta el centro del alma y la ha aniquilado o corroído.

En la rima LXVI, Bécquer se enfrenta con su destino y se pregunta de dónde viene y adónde va. El amor era su norte y finalidad. Sin él, sólo le aguarda el camino de la tumba, solitaria, sin losa, en "donde habite el olvido." Y, en este caminar doloroso hacia la soledad de la muerte, el alma —identificada con el cuerpo, cosificada, tangible, pero viva aún por doliente— irá desgarrándose poco a poco. El alma y la vida —dramáticamente unificadas y concretizadas— viven hacia atrás todo el dolor sufrido, todo el desamor, en estos versos de trágica vivacidad:

> los despojos de un alma hecha jirones
> en las zarzas agudas,
> te dirán el camino
> que conduce a mi cuna
>
> (pág. 103).

El alma ha salido de su interioridad, pero esta vez ha sido para desgarrarse y morir con el cuerpo al que vivificaba íntimamente. El desamor ha destruido el alma, su espacio musical, su reino de poesía, su impulso dinámico y creador.

Si el amor sensibilizaba el alma hasta el punto de hacerla trascender al exterior, prolongando su ámbito, dilatando su centro hasta invadir el mundo, el desdén amoroso la vuelve un espacio insensible, la endurece, la vacía. Es el alma de Galatea, la mujer desdeñosa. Es Julia Espín, inspiradora de la rima XXXIX:

> es altanera y vana y caprichosa:
> antes que el sentimiento de su alma,
> brotará el agua de la estéril roca
>
> (pág. 70).

En la rima XLII, Bécquer alude al terrible momento en que tuvo noticia de la traición de Casta Esteban, su mujer. La intensidad de su dolor produjo en él la pérdi-

da de la conciencia espacial: "la conciencia perdí de donde estaba" (pág. 74). Pero, en cambio, su alma se volvió espacio de la contradicción psíquica y existencial:

> Cayó sobre mi espíritu la noche,
> en ira y en piedad se anegó el alma
> y entonces comprendí por qué se llora!
> y entonces comprendí por qué se mata!
> (pág. 74).

En la rima XLVII, el espacio del alma se dinamifica para traspasar la realidad psíquica y la realidad del universo. El poeta se asoma a las simas del mundo y, con los ojos o con el pensamiento, puede verles el fin. Pero se ha asomado al fondo de un corazón —el de la amada pérfida— y su alma se ha conturbado, porque en aquel espacio interior sólo vio el vacío de la nada.

> Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo
> y me incliné un momento,
> y mi alma y mis ojos se turbaron:
> ¡Tan hondo era y tan negro!
> (pág. 79).

El alma del poeta ha transferido su propia oquedad interior —vaciada de toda luz por el engaño de la esposa adúltera— al alma de ésta. El desamor ha creado ahora una simbiosis de sombra, de vacío existencial. El espacio del alma traicionada es un negro abismo: la imagen de la nada.

En la rima LVI, el alma del poeta, anestesiada por el constante paso del tiempo, insensible al dolor, en la eternidad de lo habitual, anhela un cielo, un mañana mejor, pero los busca sin fe —perdida al perder el amor: cree sin creer. El espacio interior se mueve hacia otro espacio lejano y alto, sin saber dónde está ni qué es, pero en donde ansía, acaso, reencontrar el amor, su dios perdido. Religiosa y agnóstica, a la par, el alma —confundida con el ser y el existir— arrastra la monotonía del vivir cotidiano y aspira íntimamente a un paraíso perdido:

> El alma que ambiciona un paraíso,
> buscándole sin fe
> (pág. 89).

4) *Espacio del dolor.* Desterrado de su reino el amor, el alma ya es sólo espacio doloroso, ámbito de la tristeza.

En la primera estrofa de la rima LXII, Bécquer nos describe el momento en que nace la aurora sobre el mar. En la segunda y última nos explica el significado de sus símbolos psíquico-temporales para terminar afirmando que su alma es espacio y reino del dolor. Pero aun aspira, aunque vagamente, a la luz, a la dicha de un nuevo amanecer. ¿El del amor o el de la muerte?

> La brilladora lumbre es la alegría,
> la temerosa sombra es el pesar:
> ¡Ay!, en la oscura noche de mi alma,
> ¿cuándo amanecerá?
>
> (pág. 98).

Espacio y tiempo, en el alma triste, se confunden en noche cerrada, sellada en sombra por el dolor. ¿Habrá aún una nueva aurora?

5) *Espacio de la muerte.* Al final de la célebre rima LXXIII, y después de manifestar su piedad profunda por los muertos —eternamente solos—, Bécquer se formula las más graves preguntas sin respuesta:

> ¿Vuelve el polvo al polvo?
> ¿Vuela el alma al cielo?
> ¿Todo es sin espíritu
> podredumbre y cieno?
>
> (pág. 116).

En otras palabras: ¿vive el alma tras la muerte, sin el espacio físico que la contenía? ¿Se ha de libertar de éste para devolverse a su patria, al espacio puro y sin muerte? El poeta no puede responder a tales incógnitas, pero sí sabe con certeza que le duele la soledad triste de los muertos. ¿La soledad del alma hecha ya espacio de la muerte?

En la rima LXXVI, dentro de un templo bizantino, Bécquer evoca la tumba de una mujer hermosa. Y, al ir

contemplándola, el verso—más que dibujar—casi va modelando escultóricamente el cuerpo, el rostro, la sonrisa última de la que no parece muerta, salvada por el arte. Al final, casi en éxtasis ante "aquel lecho de piedra" (página 122), el espacio y el tiempo se cruzan ante el poeta y su alma siente el ansia de vivir toda la eternidad en la muerte, de absorber todos los siglos pasados, suspendidos en un instante:

> En el alma avivaron
> la sed de lo infinito,
> el ansia de esa vida de la muerte
> para la que un instante son los siglos...
> (pág. 123).

El alma desea aniquilar su propio espacio y hacerse espacio de la muerte tranquila: espacio de ese otro amor callado que es la muerte.

6) *Espacio de la luz.* En la rima LXXI, Bécquer entrevé el alma como un espacio interior en que reina la luz de las visiones oníricas: no es la que viene de fuera, sino que brota de los propios centros de la más honda *psyche*. Y esta luz interior crea todo un mundo visionario, sueños puros, en la vigilia del sueño físico, en la frontera del dormir.

> De la luz que entra en el alma por los ojos
> los párpados velaban el reflejo;
> mas otra luz el mundo de visiones
> alumbraba por dentro.
> (pág. 108).

El oscuro espacio del alma sin amor ha sabido crear la nueva luz de la visión onírica.

7) *Espacio onírico.* En la rima LXXIV, el poeta acierta a precisar una visión onírica en que el amor y la muerte parecen confundirse en la imagen "confusa y blanca" detrás de la verja guardada por dos ángeles. Y al entreverla así, mitad luz, mitad sombra, el alma se le

vuelve espacio del deseo: se concreta en voluntad que le impulsa a penetrar los hierros, a ingresar en lo desconocido, atraído por aquella presencia de amor y muerte que sólo podrá ser vista o poseída cuando Dios quiera:

La vi como la imagen
que en leve ensueño pasa,
como rayo de luz tenue y difuso
que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente
deseo llena el alma;
como atrae un abismo, aquel misterio
hacia sí me arrastraba.

Mas ¡ay! que de los ángeles
parecían decirme las miradas
—El umbral de esta puerta
sólo Dios lo traspasa.

(págs. 117-18).

8) *Espacio interior de otra alma.* En la rima LXX, Bécquer nos habla de su tristeza describiendo líricamente diversos momentos temporales. Se ve a sí mismo externamente, como una "triste tumba" que amedrenta a los que encuentra y, así, su alma deviene un alma en pena: espacio interior de otra alma, espacio de pecados no cometidos, espacio de ultratumba.

Y no faltó una vieja que en el torno
dijese a la mañana,
que de algún sacristán muerto en pecado
acaso yo era el alma.

(pág. 107).

9) *Espacio del genio; espacio de la gloria.* En la rima VII, al contemplar el arpa en silencio y cubierta de polvo, Bécquer se refiere al alma como un hondo espacio en donde duerme el genio esperando la voz de la inspiración: ésta le revelará de nuevo, al vibrar, la música poética:

¡Ay!, pensé; ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma
y una voz como Lázaro espera
que le diga "Levántate y anda"!

(pág. 25).

En la rima LXXII —construida musicalmente con tres voces—, la primera representa al alma poseída por el amor. En la segunda, en cambio, el alma es anhelo y espacio de la Gloria: "nube radiosa," "isla de sueños" (pág. 110).

* * *

El alma es —entre los espacios interiores que habitan las *Rimas*— básica y primordial, pues a ella se subordinan el espíritu y la mente, la razón y la imaginación. El alma es materia y espacio de la creatividad poética. Y las *Rimas* son la alegoría de un alma —la de Bécquer— en sus ascensos, vacilaciones, derrotas y caídas. El alma ha absorbido totalmente la persona del hombre y del poeta: es toda su interioridad y, al mismo tiempo, la proyección de ésta al mundo exterior. El alma, así, enriquece el contenido metafísico y psicológico de las *Rimas:* es la *psyche* de la filosofía platónica infundida a todo el ser del poeta.

Etica y filosóficamente, el alma becqueriana no es estoica —porque el estoicismo advierte que la felicidad puede obtenerse tan sólo si se desechan las preocupaciones y las molestias del vivir. Bécquer, en cambio, ni careció de ansiedad anímica ni de molestias corporales, ni tampoco supo vencerlas; pero pudo salvarse —aunque muy parcialmente— en la visión onírica, en el ensueño romántico.

En las *Rimas*, el alma es signo metafórico, ideológico y estilístico, a la par, compendiando uno de sus valores fundamentales: penetrar en la intimidad del poeta, en la intimidad del hombre. Las *Rimas* constituyen, sí, un libro de introspección a veces dulce, a veces tormentosa.

Finalmente, Bécquer afirma en sus *Rimas* la cognoscibilidad del alma por medio del amor, y éste es el verdadero principio vital, el animador de la vida, el creador de la poesía. Alma y amor están unidos por una relación óntica. El alma es centro de la conciencia, pero ella se apa-

ga si el amor no la estimula. Sin amor, la vida pierde su dignidad y su sentido, destruye su nobleza; el alma pierde su luz, se convierte en una oquedad que configura la nada. La poesía se extingue, seca sus fuentes. Si acaso sobrevive es porque, a veces, el alma —queriendo salvarse— crea en su ámbito visiones oníricas en que el recuerdo de la amada se confunde con la muerte, el fin con el principio, la noche con la aurora.

University of Massachusetts at Boston
Boston, Massachusetts